



EL PAYADOR

Fernán Silva Valdés nos da en estas páginas una fábula nueva cuya ingenuidad folklórica habla al alma nativa con un acento tembloroso y el bardo eglógico y épico a la vez de nuestra literatura criolla, populariza su nombre en esta prosa gráfica y original, que ANALES ofrece a sus lectores.

Hace muchos años, pero muchos, por los campos despoblados andaba un hombre errante, sin hogar y sin hábitos de trabajo. Este hombre, que era un gaucho, cuando había guerra empuñaba las armas, pero en tiempos de paz no sabía a qué dedicarse, puesto que su principal habilidad era la de recitar versos que a veces él mismo componía. Además, tenía otra afición: le gustaban las muchachas de todos los lugares por donde pasaba en su constante ambular, montado en su hermoso caballo ensillado a la manera típica del país. Le gustaban todas y especialmente, no hay ni qué decirlo, las buenas mozas, pero no se casaba con ninguna, porque en ninguna encontraba, juntas, todas las virtudes y bellezas que debía de poseer la novia por él soñada. Luego, cuando en una región, en un pago, hallaba alguna que le empezaba a interesar vivamente, al poco tiempo de conocerla, le entraba el deseo de seguir corriendo tierras, y como en los lugares nuevos encontraba muchachas también nuevas, el recuerdo de las conocidas iba siendo borrado por la presencia de las desconocidas.

Mas he aquí que al cabo de tanto andar sin dar con la compañera única y para siempre, el hombre empezó a aburrirse de su soledad tornándose triste y enfermizo. Entonces decidió visitar a un viejo hechicero que vivía como un ermitaño en una gruta, y que era famoso por

su poder maravilloso de curar enfermedades del cuerpo y del alma, y por los dones casi sobrenaturales que concedía a sus visitantes, cuando quien los pedía, por su bondad y sus virtudes era merecedor de ellos. Como el hombre del cuento era bueno y virtuoso, cosa que no está reñida con la admiración hacia las muchachas lindas, el viejo hechicero lo escuchó con toda atención y se propuso ayudarlo. Cuando el gaucho hubo concluido la relación de sus cuitas y expuesto sus deseos, el viejo le dijo: puesto que no encuentras lo que has soñado y buscas con todo afán, yo te daré algo que se asemeja mucho a lo que deseas, para que te vayas consolando mientras no encuentras la mujer con la cual sueña tu imaginación. Te daré un objeto construido con un pedazo de árbol, pero que es cosa femenina, con forma de mujer, con alma musical, con carne acanelada, con cabellos sueltos que tú te encargarás de peinar, y con una cavidad en el pecho para que tú, hombre, concluyas de humanizarlo poniéndole adentro tu propio corazón. Aquí está, toma. Y el hechicero entregó al gaucho una guitarra. El gaucho, sorprendido, la tomó entre sus brazos, le estiró amorosamente las cuerdas, que traía sueltas y enredadas como cabellos despeinados, y poniendo en ellas sus dedos y su sentimiento, le arrancó dulces notas musicales y cantó.

Había nacido el payador.

FERNÁN SILVA VALDÉS